

## **MOVIMIENTOS CONSERVADORES EN EL SIGLO XX ¿QUÉ HAY QUE CONSERVAR?\***

**Joaquín Fernandois**

El artículo presenta al conservadurismo del mundo moderno bajo tres aspectos generales. En primer lugar se efectúa una distinción conceptual del “conservadurismo”, para separarlo del “tradicionalismo” y de la “derecha”, junto a los que siempre aparece, pero que no necesariamente pertenecen a su substrato más íntimo. En segundo lugar se presenta, a grandes rasgos, una reseña histórica fuertemente concentrada en el siglo XX, en la que se plantea que el conservadurismo ha sido claramente un fenómeno propio a la modernidad, aunque la mayoría de las veces crítico de la misma. En tercer lugar se ofrecen algunas consideraciones que permiten establecer las posibilidades de supervivencia del conservadurismo, en un medio tan diferente al que lo originó hace dos siglos. Se sostiene aquí que el conservadurismo es fuerte cuando no aspira a ser una orientación total o respuesta intemporal, y que a la vez no es una simple adaptación al grito del momento.

---

JOAQUÍN FERNANDOIS HUERTA. Doctor en Historia. Profesor del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile y de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

\* En recuerdo de Mario Góngora (1915-1985).

Versión extendida de la conferencia pronunciada el 14 de junio de 1994 en el marco de ciclo “Modernidad y Conservantismo” organizado por el Centro de Estudios Públicos. Ana María Stiven revisó y ayudó a mejorar una primera versión de este artículo.

### Una definición huidiza

Existe una dificultad típicamente conservadora, y es la de definir en qué consiste el conservadurismo. Antes un estado de ánimo que un programa claro y distinto, el conservadurismo resiste los intentos de racionalización como parte de su fortaleza y de su debilidad<sup>1</sup>. Por otra parte no podemos entender intelectualmente un problema de nuestro mundo sin tratar de envolverlo con los conceptos que separan y distinguen.

Una primera operación en este sentido es la de establecer una diferencia entre “conservadurismo” y “derecha”. Mientras que el primero corresponde a una mentalidad, a un estado de ánimo o una actitud que puede llevar a posiciones relativamente disímiles en política, la “derecha” corresponde a una voluntad política que la mayoría de las veces hunde sus raíces en el conservadurismo, pero que no necesariamente se define a sí misma como conservadora ni tiene por qué forzosamente serlo<sup>2</sup>. La derecha, al establecerse dentro del campo de juego de la lucha por el poder, muchas veces —si es que no siempre— termina por obedecer a una lógica extraña o, al menos, diferente al conservadurismo de la cual surgió su propio impulso original. Como voluntad política, la derecha no tiene un lazo indisoluble con la emoción conservadora que la hizo nacer, ya que la racionalidad del movimiento (hacia el poder, hacia el logro de sus finalidades ideales o materiales) se le presenta como más vital para su existencia que la orientación hacia un evanescente orden “conservador”. La derecha, sobre todo si es exitosa, puede muy bien devenir en fuerza anticonservadora, ya que lo conservador no cubre todo el espectro ontológico de la realidad, sino que es el recuerdo de un ámbito insustituible, aunque no suficiente para fundar la totalidad de la vida. Por cierto, una vez que la derecha ha roto sus lazos con el conservadurismo, se observa una deriva en cuanto a ideas e impulso vital que en un momento dado —que puede hacerse esperar mucho— operará contra su propia eficacia y existencia.

---

<sup>1</sup> Como introducción, dos breves artículos que a la vez son miradas antagónicas acerca del conservadurismo. Una visión simpatética está en Klemens von Klemperer, “Conservatism”, en *Marxism Communism and Western Society. A comparative Encyclopedia*, 2 (Nueva York: Herder and Herder, 1972). El conservadurismo como resistencia a la emancipación, en Klaus Fritzsche, “Konservatismus”, en Franz Neumann, ed., *Politische Theorien und Ideologien. Handbuch* (Baden-Baden: Signal Verlag, 1977), pp. 53-85.

<sup>2</sup> Ernst Nolte, “The German Right”, en Hans Rogger y Eugen Weber, eds., *The European Right. A Historical Profile* (Berkeley, 1965), pp. 261-317. Sobre “derecha” e “izquierda”, véase mi artículo “¿Qué futuro tiene la diada derecha e izquierda?”, *Estudios Públicos*, 60 (primavera 1995), pp. 349-374.

Pero antes de adentrarnos en esta distinción básica para la comprensión de nuestro siglo, es necesario establecer una definición operativa de conservadurismo. Karl Mannheim ha entregado una definición clásica, que parte asimismo de una distinción. Por una parte, existe para Mannheim el *tradicionalismo*, que corresponde a una reacción “natural” común a todas las épocas y a todas las situaciones históricas. Se trata de una respuesta más o menos espontánea y muy predecible al cambio; es una suerte de resistencia al cambio, que se encuentra en las posiciones político-espirituales más diversas. Esto es diferente al “conservadurismo tradicionalista”, que rechaza integrar lo nuevo en nombre de un fundamento inamovible; de ello se hablará más adelante. En cambio, el *conservadurismo* consiste en una respuesta surgida históricamente, frente al desafío que una época específica pone a ciertos actores y grupos. Este conservadurismo no produce reacciones predecibles: éstas sólo se pueden comprender si se ven dentro del contexto histórico en el cual surgen<sup>3</sup>. El conservadurismo, de esta manera, no corresponde a una constitución político espiritual intemporal, sino que está estrictamente vinculado con el momento histórico en el que se origina.

La definición de Mannheim nos plantea un problema previo. Los movimientos conservadores del mundo moderno han sostenido en la mayoría de los casos una orientación hacia lo que cada uno de ellos considera una suerte de “cumbre histórica”, una especie de “modelo” que se considera como el mayor logro histórico de un orden social de acuerdo a lo que éste puede y debe ser. Este modelo puede estar en el Antiguo Régimen, más específicamente en la Francia de Luis XIV; o se puede situar en un remoto pasado, el imperio de Carlo Magno; o más reciente, la Alemania de Bismarck, Churchill en 1940 (y en general sus discursos imperiales desde comienzos de siglo) o en la Francia de De Gaulle. El modelo regulador de las ideas de los conservadores se mueve generalmente junto al tiempo, es decir, está en un pasado no muy lejano para el sujeto. Por otro lado, en no pocas ocasiones vuelve la mirada hacia un pasado más remoto, como la sociedad medieval. En la orientación a esa “cumbre histórica”, aunque no necesariamente una sociedad perfecta e intemporal para el conservador, es donde confluyen su posición “conservadora” y el “tradicionalismo”. El automatismo de la reacción tradicionalista, en el sentido de Mannheim por cierto, es justificado como parte de la relación hacia el “deber ser” que constituye el paradigma histórico. Esto podrá estar o no de acuerdo con el juicio de un observador externo, pero indica la fina tela con la que está

---

<sup>3</sup> Karl Mannheim, “Das konservative Denken”, en *Wisenssoziologie. Auswahl aus dem Werke* (Neuwied/R. Berlín: Hermann Luchterhand, 1970), pp. 408-566. Original, en *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, 57, 1927.

confeccionada la cortina que separa al conservador del tradicionalista en este sentido. Se puede encontrar, desde luego, una actitud tradicionalista en una posición anticonservadora, o en una diversidad de posturas, pero aquí salta a la vista la combinación de elementos que a primera vista debieron haber estado en bandos opuestos.

El conservadurismo también ha estado ligado a la “reacción”, como un rechazo de principio al cambio histórico. Tras la idea de reacción, concepto casi siempre usado con tono peyorativo, está el supuesto de la historia como proceso y como progreso, se marcha siempre hacia una situación “mejor”, al paso del tiempo le es propio una racionalidad y superioridad moral; la reacción sería una forma de atacar este desarrollo necesario y bueno, debido a motivos estrechos o inconfesables. Afirmar la fe en el progreso es, por cierto, menos popular en este fin de siglo, pero el vínculo entre progreso y conservadurismo, y por lo tanto entre acción y reacción, debe ser comprendido para entender su posición en el mundo moderno. Dentro de éste, los actores involucrados perciben el tiempo histórico como movimiento, pero los conservadores mantienen una orientación hacia el pasado, y presente y futuro se les presentan como decadencia. El revolucionario radical, por poner otro tipo, tiene una orientación hacia un futuro que es a la vez el fin de la historia. Pero, ¿son así las cosas? Como ha señalado Michael Oakshott, el ser conservador puede muy bien ser una forma de adaptarse al cambio histórico, salvo que se crea que la historia consiste en un proceso ineluctable<sup>4</sup>. Y también se ha señalado cómo al marxismo le es inherente una orientación hacia un pasado no sólo remoto, sino que ahistórico (“comunismo primitivo”), parte menos visible que su fe en el progreso, pero no menos constitutiva de su totalidad<sup>5</sup>.

Esto es menos extraño en lo que se puede llamar “post-marxismo”, en nuestros días, que viene a ser un rechazo radical al resultado, hasta el momento, del mundo moderno, con lo que se ve claramente el elemento “reaccionario-radical” del marxismo. Al estar éste orientado hacia un pasado

---

<sup>4</sup> Michel Oakshott, “On Being Conservative”, en Russell Kirk, ed., *The Portable Conservative Reader* (N.Y.: Penguin, 1984), p. 570. Este ensayo ha sido publicado en español por *Estudios Públicos*, 11, invierno de 1983.

<sup>5</sup> Ernst Nolte, “Revolution und Reaktion. Exemple einer verdrängten Dialektik”, en *Was ist bürgerlich und andere Artikel, Abhandlungen, Auseinandersetzungen* (Stuttgart: Klett, 1979), pp. 43-55. Sobre el marxismo como conservadurismo, Martin Puder, “Marx und Engels als konservative Denker”, en Gerd-Klaus Kaltenbrunner, ed., *Rekonstruktion des Konservatismus* (Freiburg/Br.: Rombach, 1972), pp. 427-442. Esta obra es una muy completa introducción a los problemas generales del conservadurismo. Lo mismo vale de manera más resumida, con otro tipo de ensayos, Gerd-Klaus Kaltenbrunner, ed., *Die Herausforderung der Konservativen. Absage an Illusionen* (Munich: Herder, 1974).

pre-histórico, tiene en este aspecto una rigidez mucho más acusada que el conservadurismo, que generalmente ha estado relacionado con un pasado histórico concreto, no excesivamente lejano en el tiempo desde el punto de vista del sujeto conservador, lo que le da más flexibilidad ante el cambio histórico. Finalmente ambas posiciones, conservadurismo y marxismo (y otras más), son reacciones ante la historia que combinan la fascinación y repudio por presente y pasado. La orientación hacia un pasado remotísimo (e imaginado) explica que las revoluciones radicales, al ocupar la totalidad del poder, se transforman rápidamente en un sistema establecido, cuyo afán es ser siempre iguales a sí mismos, y cultivan un tradicionalismo extremo, aunque sin el recurso a la magia del pasado histórico. A su vez, no es raro que los conservadores, al llevar a cabo sus políticas, se adhieran a una emoción que se considera el “grito del momento”, y operen en la práctica revolucionariamente. En esto consiste muchas veces la dinámica de la “derecha” y, por lo tanto, el status de su conservadurismo pasa a diluirse un tanto. Nuestro siglo ha sido rico en los dos tipos de experiencias. Esto nos hace ver que el conservadurismo, aún donde aspira a una comprensión atemporal de la realidad, debe ser entendido como parte de las formas de ser del mundo moderno, aunque sea una reformulación de un entendimiento de sí mismo y de su entorno que se hallaba presente en un pasado remotísimo. De hecho, el conservadurismo ha estado tan ligado al desarrollo del mundo moderno que no se lo puede comprender fuera de las medidas con las que se entiende a este último<sup>6</sup>. ¿Significa ésto que el conservadurismo está sometido al devenir histórico hasta un grado en que carezca de sustancia, que sólo represente un sistema de representación siempre cambiante? La tentación aquí sería ver al conservadurismo como una mera adaptación al cambio histórico, desprovisto de toda finalidad, y con ello alimentaría la sospecha de no ser más que la máscara de defensa de intereses inconfesables. Llevar las cosas hasta este punto puede conducir a un callejón sin salida —¿qué postura no puede ser criticada con esta lógica?—, y no daría cuenta de una sensibilidad que está presente desde hace dos siglos. Sucede que, como se insistirá en esta conferencia, el conservadurismo es una orientación hacia los cambios en la sociedad que tiene sentido en la medida en que se enfrenta a una inmeditada demolición de lo existente, pero no necesariamente le resta validez a la existencia de la crítica. En este sentido, el conservadurismo es una *crítica de la crítica*, escepticismo y prevención frente a la alegre aceptación de lo nuevo, defensa de principios

---

<sup>6</sup> Sobre la relación entre conservadurismo y mundo moderno, o “modernidad”, William R. Harbour, *El pensamiento conservador* (Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1985; original, *The Foundations of Conservative Thought. An Anglo-American Tradition in Perspective*, Notre Dame, 1982), pp. 185-196.

que hacen posible al orden social en cuanto posibilidad de civilización. Sin esta contraparte, el conservadurismo se descubre como pura voluntad de poder. Pero la transformación constante del fenómeno ayuda a reflexionar acerca de un drama permanente para el conservador, y que da el título a esta conferencia: ¿qué hay que conservar?

## Trayectoria

### Nacimiento del conservadurismo

No está nada de claro lo que específicamente debe conservar un conservador, aunque se acepte la realidad de una mentalidad y de unas ideas políticas y sociales conservadoras. Una breve mirada a las condiciones históricas de su surgimiento y primer desarrollo nos puede iluminar. El conservadurismo, según las condiciones de acuerdo a las cuales me parece debe ser definido, nace como respuesta crítica a la Ilustración y a la Revolución Francesa. En menor medida es también una respuesta también crítica a la Revolución Industrial. La Ilustración y la Revolución Francesa, como una de sus cristalizaciones, inauguran la política moderna en donde no sólo existe una generación más “espontánea” del poder, sino que la política y el orden social son sometidos a un modelo del “deber ser” que se superpone a la realidad presente. Éste fue y es un poderoso ariete contra el orden tradicional; después, simplemente, contra el orden establecido. Se entiende que el mundo tradicional no hubiera sentido la necesidad de articular una defensa intelectual y política mientras no existiera una crítica radical al mismo. Pero a partir del siglo XVIII sí la existe, y de allí surge el impulso que da nacimiento al conservadurismo: la defensa del mundo tradicional no necesariamente en sí mismo, sino porque corresponde al orden posible dentro de las limitaciones humanas. En este sentido el conservadurismo nace antes de la Revolución Francesa, ya que ésta fue sólo una de las manifestaciones del advenimiento de la política moderna. Su origen se puede encontrar en la crítica anti-ilustrada a partir de mediados del siglo XVIII; en Francia está el ejemplo del brillante polemista que fue el Conde de Rivarol<sup>7</sup>.

---

<sup>7</sup> Antoine Comte de Rivarol (1753-1801). Sus escritos de antes de la revolución versan principalmente sobre literatura, pero ya denotan una postura escéptica ante muchos de los principios de la Ilustración; su momento estelar se produjo cuando apenas estalla la revolución, se lanza a la polémica política en escritos brillantes hasta su emigración en 1792. Prosigue su actividad en Inglaterra y en Alemania, donde es evitado por la emigración liberal, ya que la incluye en su crítica. En español hay una colección de sus obras políticas: *Escritos políticos (1789-1800)* (Buenos Aires: Dictio, 1980).

De manera similar, aunque menos unánime, razonó el conservador ante la aparición de la Revolución Industrial, ya que su energía titánica se dirigía contra las bases materiales en las que descansaba ese orden tradicional. Además, la dinámica de la economía moderna mostraba un rasgo abstracto, racionalista, que se parecía mucho a un desafío prometeico contra los fundamentos de la sociedad. De hecho el socialismo temprano se alimentó de las críticas conservadoras a la Revolución Industrial (y al capitalismo), y en el socialismo, particularmente en Marx, se ve un aprecio (moral) superior por la sociedad feudal antes que por el modo de producción capitalista, como él lo llamaba. A esto me refería también cuando hablaba del elemento conservador y “reaccionario” en el marxismo, y que está más patente en nuestros días en el “post-marxismo”. Éste ha dejado bien próximo al “basurero de la historia” su fe en el progreso para convertirse en su denunciante, lo que viene a ser un categórico rechazo al mundo moderno, una de las emociones iniciales del conservadurismo.

Pero, ¿qué quiere conservar el conservador? Este dilema, más agudo en nuestro siglo, viene de las condiciones de su origen. Por una parte el conservador desconfía del intento de crear una sociedad a partir de una razón ahistórica. Se inclina por tratar de argumentar —algo que por cierto no se le podía haber ocurrido antes del ataque de los ilustrados— acerca de las condiciones del orden social posible. Trata de arribar a la comprensión de las leyes o regularidades que permiten que exista una sociedad a partir de la experiencia histórica. Por otro lado, en muchos de los conservadores esto se parece bastante a la defensa de un paradigma o modelo, el Antiguo Régimen en este caso, la sociedad prerrevolucionaria. De hecho el conservadurismo emerge como una fuerza y un tipo de persuasión al querer articular la defensa del Antiguo Régimen. Hasta el primer tercio del siglo XIX europeo se puede decir que en general ésta es su meta. Es cierto que ya en su origen existe otro conservadurismo, representado por algunos románticos alemanes, en los cuales la idealización de un pasado (generalmente la Edad Media) los lleva no sólo a un rechazo del naciente mundo moderno, sino que también a muchos rasgos del Antiguo Régimen<sup>8</sup>.

Los que defendían al Antiguo Régimen no efectuaban una mera reacción, en el sentido peyorativo del término. La emergencia del conservadurismo, como el caso de Burke lo demuestra, ayudó a configurar el lenguaje moderno de la política y ha sido inseparable del desarrollo democrático, aunque ciertamente esto último no estaba dentro de los objetivos

---

<sup>8</sup> Como se pueden ver en el hermoso ensayo de Novalis, “La Cristiandad o Europa”, de 1799.

primarios del pensador inglés. Pero esto no impide que se produzca la primera parte de lo que quizás, con exageración, se puede denominar la aporía del conservadurismo. El paradigma histórico se aleja más y más al transformarse la sociedad en el curso de los años. Y con el surgimiento de la sociedad industrial, ¡qué manera de acelerarse los cambios! El pensamiento y la existencia de una sensibilidad conservadores han ayudado a moderar los ímpetus de las fuerzas radicales, pero a la vez aquéllas no han quedado intocadas por la transformación general. Se despierta así un recurrente dilema para el conservador, ¿debe conservar ese paradigma o debe pensar un tipo de categoría de conducta intemporal, válido para todas las épocas? Ser antirrevolucionario, para un conservador, podía tener fuerza identificadora hasta 1800; pero ya a partir de 1850 se agregan nuevas fuerzas a esa posición, que poco tienen de una sensibilidad específicamente conservadora.

#### La “síntesis liberal-conservadora”

También nace un liberalismo crítico, es decir uno que ya no confía plenamente en la pura fuerza de la razón, y que ve límites de hierro a la capacidad “constructivista” con la que el hombre puede enfrentar a la sociedad; la aparición de este fenómeno provoca también lo que se puede denominar una “división” en el liberalismo, que dura hasta nuestros días, entre “derecha” e “izquierda”, pero ése es otro tema. Para el liberalismo crítico, se requieren ciertas condiciones sociales, espirituales e intelectuales para mantener un orden social. El gran Alexis de Tocqueville, por ejemplo, puede ser colocado en esta posición; también el historiador Leopold von Ranke, amigo del anterior, y Ernest Renan. El conservadurismo, cuando no es puro legitimismo —adhesión a la monarquía y a algún tipo de orden feudal o pre-moderno—, se llega a confundir con el liberalismo de la segunda mitad del siglo XIX, al tomar muchas de sus banderas, especialmente en el campo económico; en la política está la adopción del nacionalismo, hasta mediados de siglo un horizonte de los grupos revolucionarios y liberales: ahora el Estado-nación es parte del legado tradicional. Este tipo de conservadurismo liberal, ya integrado a la evolución política de la sociedad moderna, ha sido el que en general ha predominado en las grandes democracias industriales del siglo XX en gran parte del globo, y aquí se le llamará “síntesis liberal-conservadora”, una de las referencias políticas centrales del Occidente moderno. Una característica de este conservadurismo es que no sólo lo podemos identificar con el liberalismo, sino que él mismo lo hace



muchas veces de manera manifiesta, y no sólo por una costumbre de nominación, como en la cultura anglo-sajona de América del Norte.

Aquí se expresa uno de los rasgos básicos del conservadurismo de nuestro siglo, y es que sabe que el lugar que lo posibilita es la moderna sociedad abierta; que no tiene ni puede tener una doctrina acabada que se pueda emplear sin tener en cuenta tiempo y lugar; más bien posee una actitud que debe decidir ante cada caso qué de sus ideas es válido en tal o cual circunstancia. El ser conservador pierde sentido apenas los conservadores o triunfan completamente, o desarrollan una ideología que lo responde todo. En este caso son prisioneros de las redes doctrinarias de las ideologías y no pueden intervenir en la decisión de “¿qué hay que conservar?”. En el primer caso, devienen en una estructura de poder que adhiere formalmente a unas pocas formas supuestamente conservadoras. En el segundo caso se transforman en secta gnóstica, generalmente irrelevante. Antes de ver la tragedia a que puede conducir esta aporía, hay que volver a subrayar que el conservador se define a sí mismo —y sólo puede *existir* de esta manera— porque se enfrenta a un no conservador, sea una persona, una sensibilidad, una institución, una máquina infernal... El conservador es “relacional”. Para adelantar una expresión que repetiremos, el conservador sólo tiene sentido dentro de la historia de las ideas y mentalidades de Occidente y del mundo moderno.

### La “revolución conservadora”

Pero había otra posibilidad de reacción. La aproximación y, a veces, total identificación entre conservadurismo y liberalismo tenía que crear un gusto amargo en los conservadores que se identificaban con una orientación hacia el pasado como parte de su crítica a lo moderno. Por una parte se consolidaba un conservadurismo que era parte de la sociedad abierta occidental (y del creciente círculo de sociedades influidas por Occidente). Por otro lado crecía desde fines de siglo una sensibilidad conservadora que no sólo rechazaba al mundo moderno de manera más o menos radical, incluyendo a sus elementos revolucionarios. También rechazaba *revolucionariamente* a estos elementos y a la sociedad que los hacía posible. La emancipación había liberado a fuerzas que ahora se volvían contra ciertos aspectos de la emancipación (democracia, liberalismo, parlamentarismo, sociedad burguesa, socialismo, a veces capitalismo, en todo caso el “mammonismo” o culto de la riqueza, sociedad de masas...). Al llegarse a este punto se produce la segunda fase de la aporía, o pérdida del modelo concreto en el

pasado, y se transforma en “Revolución Conservadora”<sup>9</sup>. El rechazo a la sociedad moderna lo proyecta a un remoto pasado y generalmente inexistente, con halo mítico; las consecuencias son la de despertar una sensibilidad que opera revolucionariamente como medio de recrear el orden añorado por los conservadores. Parece una expresión antinómica, y en último término lo es. Pero apunta hacia una sensibilidad importante para entender muchos aspectos de la política moderna y de los movimientos conservadores desde fines del siglo pasado hasta el primer tercio de este siglo. Hoy día se lo asocia con Margaret Thatcher y Ronald Reagan, pero su verdadero uso corresponde a otro contexto. De hecho, en la segunda mitad del siglo XIX aparece intermitentemente la expresión “revolución conservadora”. La combinación nos hace llamar la atención hacia una mezcla explosiva.

Pero el fenómeno a que se alude con Revolución Conservadora pertenece a una sensibilidad intelectual que estaría en la trastienda de los acontecimientos políticos desde la década de los noventa hasta la Segunda Guerra mundial. Es un fenómeno más característicamente alemán, pero del cual se pueden encontrar paralelos en Europa, y en cierto grado analogías en todo el globo hasta nuestros días. Sus raíces más próximas a la superficie están en el nacimiento de las vanguardias estéticas en los noventa, donde se junta un canto de modernidad y una recurrencia a los mitos como medio de conocimiento. En el expresionismo, hacia fines de la primera década del siglo, esta síntesis se encuentra con más nitidez. La inspiración intelectual (y la política) pasa casi siempre por Nietzsche y, algo nada de raro, Dostoiewski. En un momento u otro, diversas figuras intelectuales del mundo germano se identificaron con la Revolución Conservadora, ya sea de manera manifiesta o por algunos de los temas que planteaban, como Hugo von Hoffmannsthal, Thomas Mann, Ernst Jünger, Martin Heidegger, Carl Schmitt, Oswald Spengler<sup>10</sup>. Pero el círculo se puede ampliar hasta alcanzar al joven Malraux, a D. H. Lawrence y al portugués Fernando Pessoa para encontrarnos en un plano europeo.

---

<sup>9</sup> Armin Mohler, *Die Konservative Revolution in Deutschland 1918-1932. Ein Handbuch* (Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1972). ¡Mohler cita una referencia de 1848!, p. 9, pero se presenta como muy fuera de contexto.

<sup>10</sup> Joaquín Fernandois, “Encuentro con la historia y la política. Thomas Mann, Hugo von Hoffmannsthal y la ‘Revolución Conservadora’”, en Ricardo Couyoumdjian, *et alia*, *Reflexiones sobre historia, política y religión* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1988). Sobre el conservadurismo alemán, Martin Greiffenhagen, *Das Dilemma des Konservatismus in Deutschland* (Munich, 1971). Sobre el clima de ideas de la época en relación a este problema, Karl Dietrich Bracher, *Zeit der Ideologien. Eine Geschichte des politischen Denkens im 20. Jahrhundert* (Stuttgart, 1982), pp. 21-116.

Nacionalismo, crítica de la cultura y crítica antidemocrática son los rasgos que principalmente caracterizan a la Revolución Conservadora. Por el primero no se entiende un mero chauvinismo, sino que un enlace con la tradición romántica, que ansía una sustancia mística en la nación, para diferenciarse del nacionalismo “burgués” y del patriotismo (o “patrioterismo”) de la sociedad de masas y, también, de la izquierda marxista. La crítica de la cultura deviene directamente del rechazo de la sociedad moderna por una serie de motivos que movilizan a sectores de las persuasiones más diferentes hasta el día de hoy: regreso a la naturaleza como reacción al desarrollo urbano des-almado; tomar distancia de la uniformidad de la sociedad de masas y de la civilización industrial; reacción frente al racionalismo y materialismo, herederos de la Ilustración; reacción contra el mundo burgués, petrificado en su espíritu; rechazo al marxismo como otra cara del liberalismo. En este plano se emparenta con una nueva derecha que surge hacia 1900, y que quiere combatir a su enemigo principal no sólo en su manifestación más evidente, las fuerzas revolucionarias, sino el medio que a su juicio las hacen posibles: democracia, parlamentarismo, a veces el capitalismo, o “materialismo”. Es evidente que aquí se esconde un impulso vital que, de cristalizar, sólo puede tener consecuencias revolucionarias frente a la sociedad establecida.

Una sensibilidad como ésta no se tradujo ni podía traducirse en lo político. Pero creaba las condiciones para una seducción que en Alemania tendría consecuencias trágicas, ya que creaba una predisposición revolucionaria (revolución para retornar a un orden; mas esta idea yace en la noción primitiva de “revolución”, a fines del siglo XVII<sup>11</sup>), aunque no tenía el ánimo suficientemente nihilista para tal empresa, ni estaba educado en la posibilidad de integrarse al “caos organizado” en que consiste la política moderna. Es en Francia donde la “nueva derecha”, con Maurice Barrés y Charles Maurras, hace su primera manifestación conservadora revolucionaria, aunque no con este nombre. Cuando el monarquismo con posibilidades reales es definitivamente derrotado a raíz del *affaire Dreyfus*, surge Maurras que intenta ganar para dicha causa a sectores hasta entonces ajenos a esa tradición. Así vincula argumentos modernos con un rechazo al orden político de la modernidad en nombre de un catolicismo tradicionalista, pero que tenía todo un aire de herramienta política (ambos eran ateos). La modernidad la ve como “1789” y la dictadura jacobina, y al liberalismo con sus consecuencias.

---

<sup>11</sup> Karl Griewank, *Der neuzeitliche Revolutionsbegriff. Entstehung und Geschichte* (Frankfurt/M: Suhrkamp, 1973).

Maurras logró una influencia notable en el clima de ideas políticas y culturales de la primera anteguerra (incluso pensadores católicos, como los jóvenes Maritain y Bernanos, que después se distancian de él; el joven Charles de Gaulle no era insensible a este tipo de argumentos), pero no logró tener el mismo impacto político. La “Acción Francesa”, el movimiento por él fundado, no salió de los extramuros de la vida política, es decir, de ser un extremismo más. Como tal, sólo tenía posibilidad con el derrumbe del sistema político. La historia tiene un final trágico y patético. Hombres inspirados en sus ideas —y en otras más nuevas— las usan para apoyar —sin siempre estar conscientes— a los ocupantes nazis, ¡cuando Maurras había sido un eminente antigermano toda su vida! Finalmente, en las *vendettas* posteriores a 1944, Maurras es juzgado por “inteligencia con el enemigo”. Lo fundamental de este desenlace es que muestra cómo el extremismo cultural, que puede tener sentido en un plano de exploración intelectual, deviene en promotor involuntario (a veces) de fuerzas nihilistas en cuanto penetra el ámbito político.

Esto es más conocido y más trágico en el caso alemán. Ya se hablará de las consecuencias. Por ahora baste decir que la Revolución Conservadora en Alemania, en la época de la República de Weimar, adquirió una fuerza especialmente intensa debido a la auténtica “revolución cultural” que allí se efectuó. Fue parte de una cultura política nacionalista que rechaza el orden existente y que también rechaza una mera “restauración”, pero que no podía traducirse en un programa político que pudiera concretarse<sup>12</sup>. Lo que hizo fue crear los presupuestos para que llegaran los verdaderos nihilistas, lo suficientemente simples como para ignorar los matices de civilización, y lo suficientemente carentes de escrúpulos como para no verse entorpecidos por restricciones morales espontáneas. Era la hora de los nazis, pero no bastó la ayuda de los conservadores revolucionarios.

Hay que aclarar la relación con el conservadurismo más tradicional, “normal”. Pero antes se debe dejar bien establecido que un conservador podrá tener una posición no ortodoxa frente a un conservadurismo heredado, que ha perdido su *pathos*. Pero se infligirá un castigo terrible a sí mismo si cae en la contradicción de ser seducido por la vorágine revolucionaria (o, lo que es lo mismo, en la ebriedad del cambio por el cambio, en la dinámica de la moda), aunque sea como método de acceder nuevamente al modelo ideal. En este caso, no opera de manera esencialmente diferente al revolucionario que persigue la utopía totalitaria. Olvida la razón de su existencia, el resguardo del orden posible y el mejoramiento incremental de la sociedad.

---

<sup>12</sup> Joaquín Fernando, “Un baile al borde del abismo”, *Revista Universitaria*, XXIV, 1988.

## Fascismo, nazismo y conservadurismo

Al hablar de movimientos conservadores en este siglo no se puede soslayar su reacción ante un tipo particular de totalitarismo, el que se conoce con el nombre genérico de “fascismo”. En los dos casos típicos, en Italia, donde es bautizado el fascismo, y en Alemania con el nazismo, se dio una situación de colaboración entre las persuasiones totalitarias y los conservadores. En ambos países, una vez que los movimientos liderados por Mussolini y Hitler adquirieron un lugar en el sistema político, los sectores establecidos creyeron poder usarlos en su propio provecho, y el resultado fue exactamente a la inversa; pero sólo la aquiescencia de los conservadores les franqueó la ocupación del poder. Para el caso es de interés la experiencia alemana, donde el radicalismo hitleriano rompió todo molde imaginable para quien pretendía defender una tradición.

De esto los marxistas sacaron la conclusión, y convencieron a muchos, de que el “fascismo” es una consecuencia necesaria (y esencial) no sólo del conservadurismo, sino que de la sociedad burguesa y del capitalismo en época de crisis. Ya en su tiempo esta idea violentaba la realidad. Las principales sociedades “burguesas” (es decir, las grandes democracias industriales), Inglaterra y EE.UU., sortearon la Gran Depresión con reformas o adaptación, quizás discutidas, pero que salvo en las mentes afiebradas de funcionarios stalinistas, nunca fueron “fascistas”. En Inglaterra la fórmula (hasta 1945) estuvo en manos de los *tories*, y nadie con sentido común intelectual podría llamar “fascista” al Gobierno Nacional de los treinta. Es el gobierno conservador inglés quien, tras dudarlo mucho, como era obvio después de la carnicería de la Primera Guerra Mundial, declara la guerra a Hitler el 3 de septiembre de 1939. En la misma Alemania la derecha conservadora tuvo que ser destruida parlamentariamente (en 1930/1932) para que los nazis quedaran como única alternativa para algunos conservadores. El único intento serio de desalojo del poder de los nazis lo llevaron a cabo fuerzas fundamentalmente conservadoras, el fallido golpe de Estado del 20 de julio de 1944.

Con todo, el caso alemán presenta un problema que no debe ser ignorado: ¿hasta qué límite puede llegar el conservador en el empleo de métodos no tradicionales para combatir, *v. gr.*, movimientos revolucionarios, y no dejar de ser genuinamente conservador? Por una parte, éste ha sido un dilema universal de los sectores conservadores en el mundo moderno, y especialmente en la era de las guerras mundiales y de la Guerra Fría. Por otra parte, el caso alemán tiene orígenes nacionales, llegándose al extremo de presenciar cómo sectores siempre asociados al conservadurismo aceptaron mansamente (a veces entusiastamente) toda clase de órdenes

de los nazis. Ejemplos de este tipo son universales; el radicalismo de la Alemania nazi demanda una explicación nacional que no es el tema de esta conferencia<sup>13</sup>. En parte se podría adelantar que en Alemania el conservadurismo había llegado a ser meramente una derecha.

Los conservadores más “fundamentalistas” se refugiaron en el callejón sin salida de la Revolución Conservadora. La síntesis liberal-conservadora ayudó por algunos años a estabilizar la República de Weimar, cuando formaron parte del Gobierno, entre 1924 y 1928. Pero después, y teniendo como imagen la amenaza revolucionaria y el resentimiento de la derrota en la guerra, aceptaron poco a poco la idea de que sólo los nazis podían derrotar al comunismo. El nazismo efectivamente nace de una emoción conservadora, reacción contra la amenaza revolucionaria, pero estaba ajeno a las tradiciones conservadoras, las únicas que podían poner un límite a su dinámica de poder. Pero no debemos olvidar que si Hitler y el nazismo llegaron al poder con la anuencia conservadora, que representaría la voz de la “historia alemana” desde Bismarck, nada existe en esa historia que se aproxime remotamente al carácter del Tercer Reich.

### El conservadurismo en la segunda post-guerra

De esta experiencia, sin embargo, el conservadurismo llegaría a poseer una noción que lo enriquecería, la percepción de que había traspasado el umbral del “tiempo-eje”, de que mientras antes estaba orientado hacia el pasado, ahora tenía que ofrecer una imagen del futuro, como lo ha dicho

---

<sup>13</sup> Existe una copiosa literatura al respecto. Como ejemplo está Ernst Nolte, “Konservatismus und Nationalsozialismus”, en Ernst Nolte, *Marxismus, Faschismus und Kalter Krieg. Vorträge und Aufsätze 1964-1976* (Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1977), pp. 117-135. Sobre los antecedentes en la historia alemana del nazismo se ha escrito desde los años veinte. Parece atinente considerar el giro que Bismarck, un conservador peculiar que en cierta manera fue un “revolucionario blanco” (es decir, combatía la revolución con métodos revolucionarios), le dio a la sociedad alemana en la segunda mitad del siglo XIX. Una visión, representativa de una suerte de neo-marxismo muy popular en los ambientes intelectuales de la República Federal en los sesenta y setenta, Heinz-Ulrich Wehler, *Das Deutsche Kaiserreich 1871-1918* (Göttingen: Vandenhoeck, Ruprecht, 1975; original, 1973). Más recientemente, preguntándose en qué medida un hombre espontáneamente conservador y en muchos sentidos moderado como el “Canciller de Hierro” puede, al usar una pura lógica de poder, devenir en el presupuesto de un nihilismo, está una obra de gran calidad: Lothar Gall, *Bismarck. Der Weisse Revolutionär* (Frankfurt/M: Ullstein, Propyläen, 1980). Bismarck permanecerá como uno de los conservadores paradigmáticos, en cuanto que se transforma en líder de las fuerzas conservadoras, pero en ese mismo acto destruye un intangible que las definía como conservadoras.

Armin Mohler<sup>14</sup>. Sólo así pudo afrontar el desafío que ofrecían las ruinas en 1945. Es la tercera fase del “tiempo-eje” del conservadurismo, cuando deberá mostrar fortaleza sin tener un modelo de “restauración”.

Después de la Segunda Guerra Mundial reemerge la síntesis liberal-conservadora en el centro de la palestra de la sensibilidad conservadora. Esto tiene su fortaleza en el triunfo de los países anglo-sajones en la guerra, a pesar que el New Deal de Roosevelt era considerado de “izquierda” en EE.UU., y que los laboristas triunfan en las elecciones de 1945 en Inglaterra. En las dos primeras décadas después de la guerra, sin embargo, se consolida en los principales países occidentales un estado de ánimo que puede ser definido de acuerdo a esa síntesis. Es cierto que a ello colabora una izquierda anticomunista. En realidad, la definición anticomunista crea una de las bases de este equilibrio; otra fue la necesidad de consolidar un orden europeo. La Comunidad Europea y la OTAN son impensables sin esta sensibilidad que, aunque no siempre mayoritaria, le otorgaría una legitimidad que perduró por toda la Guerra Fría. En Inglaterra se ve liderada por la inspiración churchilliana, ya que el viejo León llega nuevamente al poder en 1951, a pesar de que, en lo esencial, no deshace las reformas laboristas.

El caso más notable es el de la República Federal de Alemania, fundada en 1949. Konrad Adenauer agrupa a partir del antiguo Partido de Centro, que había sido la bandera del catolicismo político desde Bismarck, a las dos confesiones en la Democracia Cristiana (social cristianos en Baviera). En muchos países este nombre tendría un aire de centro; en Alemania Federal identificó a las fuerzas conservadoras. La consolidación de este Estado recreó las bases del equilibrio de poder en Europa, y reconcilió a Alemania con Occidente, lo que se había roto a partir de 1914. Además, ello permitió a la cultura alemana deslindarse de la atmósfera política que posibilitó al nazismo, sin caer en un extremo contrario. En Francia el gaullismo, aunque fuera del poder hasta 1958, constituyó otro polo conservador, y define a la síntesis hasta el día de hoy. De hecho, a pesar de las turbulencias de su carrera, Charles de Gaulle puede con el paso del tiempo proyectar una imagen como el conservador del siglo XX que defiende principios y se adapta a la historia. Churchill tuvo el mérito de enfrentarse por un momento en total soledad al totalitarismo nazi; De Gaulle aparece con una fórmula para el orden social.

Incluso en Italia, la Democracia Cristiana y Alcide de Gasperi, a pesar de que se presentan como los vencedores del orden antiguo (no sólo

---

<sup>14</sup> La idea de “tiempo-eje”, obviamente inspirada en Jaspers, está tomada de Armin Mohler, cit. en Gerd-Klaus Kaltenbrunner (ed.), *Die Herausforderung der Konservativen*, op. cit., p. 13.

del fascismo), en su política concreta pueden ser englobados en esta perspectiva. Hoy día sus herederos se han llegado a avergonzar del nombre, pero si por un instante se cierran los ojos y se mira a la Italia postrada y desmoralizada de 1945, se puede asentir que hubo una obra maciza. Por último, en EE.UU., después de 1945, las dos fuerzas políticas tradicionales, republicanos y demócratas (en mayoría casi hasta nuestros días), convergen en un *mainstream* que no es muy diferente de la síntesis liberal-conservadora. Esto produjo lo que hoy se ve como la autocomplacencia de los *fifties*, y toda la gazmoñería que le era propia. Pero apenas se le abandona como horizonte, los norteamericanos se arrepienten de una exploración que pueda abarcar toda la sociedad, y vuelven a versiones quizás más exageradas de ella. Por último, no se debe olvidar que la política “occidental” tiene otros espacios. El mayor éxito de los occidentales victoriosos de 1945 fue el haber convertido en el alma a los vencidos, y de haberlos incorporado al desarrollo político y material de la posguerra. En Japón, el largo reinado de los demócrata liberales —que en estos días hemos visto opacado— puede ciertamente homologarse a la síntesis liberal-conservadora y a los beneficios de la alianza occidental. También los problemas del mundo moderno y el aturdimiento noratlántico por el pasmoso éxito material de los nipones. Es cierto que el Japón moderno no ha contribuido especialmente a las ideas políticas y sociales de nuestro tiempo, pero, ¿qué sería de Asia si se hubiera dejado en la post-guerra un vacío de poder en Japón?

Todo este fenómeno no crea un cuerpo de ideas claro y distinto. Por eso preferimos llamarlo “sensibilidad”, o quizás “estilo”, “cultura política”; pero es una faceta poderosa de la política occidental (y mundial) en las primeras décadas de la Guerra Fría<sup>15</sup>. Su característica formal más acusada es la de reunir en una sola idea la defensa de la economía de mercado y de la democracia. También, para seguir con la imagen del “tiempo-eje”, mientras que el conservadurismo anterior a éste se orientaba hacia el pasado, el conservadurismo que le sigue, después de la “guerra civil europea”, se orienta hacia el futuro, con los riesgos que esto también trae. Aquí, muchas veces, sobre todo en el mundo anglo-sajón, las diferencias en el debate público entre conservadores y liberales casi se borran, en realidad más a favor de estos últimos. En Inglaterra, Michael Oakshott y C. S. Lewis (aunque éste más en el plano moral-literario) representan esta sensibilidad en la alta cultura; Friedrich Hayek, aunque original de la Escuela Austríaca, se le puede añadir

---

<sup>15</sup> Russell Kirk, *The Conservative Mind from Burke to Santayana* (Chicago: Henry Regnery Company, 1953), parece ser un manifiesto del conservadurismo anglo-sajón de después de 1945.



con algunas reservas. En Francia está el genio brillante de Raymond Aron. Pero, decididamente, en la alta cultura la hora del día pertenecía a la nueva izquierda, democrática radical o neo-marxista. La escuela de Sartre y Merleau-Ponty en Francia, y los portavoces sobrevivientes de la “escuela crítica” de Frankfurt (Adorno, Marcuse,...) ayudaron a crear un polo de atracción que irradió mucho más allá de las fronteras.

Mas el estrellato momentáneo de esta izquierda, aunque fulgurante, no era capaz de opacar la inédita cooperación europea y noratlántica, que siempre fue vista como indispensable por las principales fuerzas sociales, incluso casi siempre por la izquierda democrática. También era impotente frente al desarrollo económico y, en lo esencial, para la superación de la pobreza en Europa, en cuyas tenazas todavía se encontraban atrapados vastos sectores sociales en los años treinta. Otra cosa es en el reino misterioso de la imaginación, donde el *establishment*, tal vez con un dejo de necesidad, era escarnecido y llevó a veces a glorificar a los sistemas totalitarios.

En el amplio mundo que se movía entre diversas posibilidades, y donde las fuerzas en pugna manifestaban propósitos radicalmente antagónicos, esto es más complicado. Nos referimos, por supuesto, a lo que por unas décadas se llamó Tercer Mundo. Para muchos parecería irrelevante hablar de conservadurismo en zonas no europeas. En nuestros días los multiculturalistas añaden que se trata de ideas impuestas por los grupos dominantes. No se detienen a meditar que ellos mismos formulan sus argumentos a partir de un mundo intelectual que tiene su alfa y su omega en la cultura política noratlántica. De hecho las grandes coordenadas del debate mundial de este siglo se originan en la cultura occidental, no sólo porque ésta se impuso por superioridad técnica, sino porque diseñó categorías con una universalidad tal, que éstas pasaron a ser parte de un patrimonio universal. En este sentido no es raro que en muchas sociedades del globo las fuerzas políticas se hayan identificado con una posición conservadora, y en muchas se haya formado un pensamiento conservador, así como otras se identificaron con los modelos revolucionarios. De esta manera, *v. gr.*, en Chile se formó una tradición conservadora que, en diversas variantes, ha sido parte integrante de nuestra cultura política<sup>16</sup>. Pero

---

<sup>16</sup> Chile ha sido testigo de un pensamiento conservador. Recientemente, en el plano más bien político, hay un estudio de Teresa Pereira, *El Partido Conservador 1930-1965. Ideas, figuras y actitudes* (Santiago: Vivaria, 1994). Un recuento que en su análisis muestra algunos aspectos interesantes, aunque los autores transmiten una sensación de horror de que pueda haber conservadores, es el de Renato Cristi y Carlos Ruiz, *El pensamiento conservador en Chile. Seis ensayos* (Santiago: Universitaria, 1992). También Cristián Gazmuri, “La historia de Chile republicano ¿una decadencia?”, *Alternativas*, junio de 1984, pp. 106-156. Un historiador y pensador chileno que en su obra expresó una sensibilidad conservadora es Mario Góngora, particularmente en la colección de sus ensayos y entrevistas, *Civilización de masas y esperanza y otros ensayos* (Santiago: Vivaria, 1987).

esto es también cierto en sociedades alejadas en su origen del mundo occidental, en Asia y África. Desde luego, no cualquier antimodernismo deviene automáticamente en un conservadurismo, como se le entiende aquí. Sólo lo es aquel que se sitúa dentro de las coordenadas del pensamiento y la cultura política del mundo moderno. Ya se verá si el fundamentalismo islámico puede ser denominado “conservador”.

### El neo-conservadurismo de los años de Reagan y Margaret Thatcher

Se le ha llamado indistintamente neo-conservadurismo y neoliberalismo, a veces también “revolución conservadora”, a la oleada que desde 1980 puso una vez más sobre el tapete a políticas económicamente liberales, y en algunos sentidos social y culturalmente conservadoras. La confusión en la nomenclatura indica una confusión semántica, ya que se trata de un conservadurismo que a veces parece más bien un liberalismo redivivo. En parte, esto se deriva de la amplificación del “sonido” de la cultura política norteamericana a través del globo; es sabido que en EE.UU. se les llama “conservadores” a quienes defienden principalmente posturas liberales en economía (y a los que allí se llama “liberales” defienden en general mayores regulaciones e intervencionismo), y parece que habría que inclinarse por llamarlo “neo-liberalismo”. Le subyace un aire de orgullo “progresista” y de afirmación *per se* de lo nuevo, con esa confianza en sí que le es extraña a los conservadores, y uno se pregunta a veces dónde está lo “conservador” en esta “revolución”. Una de sus características más visibles, contrapartida de su ánimo de incluir a todos, es su impiedad por el hombre interior, lo que debería horrorizar a un conservador.

Por otro lado no se debe olvidar que este renacimiento del liberalismo (neo-clásico) de fines de los setenta, que tuvo sus puntos más espectaculares en los triunfos electorales de Margaret Thatcher y Ronald Reagan, tiene sus raíces en una reacción contra 1968 y en general contra la revolución cultural de los años sesenta, lo que surge de una emoción genuinamente conservadora. Tras la idea de una emancipación a ultranza en los sesenta, o el triunfo del “principio de la gratificación”, se produce un “redescubrimiento de la rueda”, o el reconocimiento de la importancia de las instituciones sociales tradicionales, de los límites de la gratificación. Es este tipo de reacción el que colaboró a que el neo-liberalismo adquiriera protagonismo político en los últimos veinte años y no constituyera un puro programa de privatización y desregulación. Todavía se ven fuertes huellas de este fenómeno en la “guerra cultural” que se produce en EE.UU. y algo entre noso-

tros, aunque en Europa éste tuvo más el carácter de “contrarrevolución (o contrarreforma) silenciosa”.

En Francia fueron algunos de los propios portadores de 1968 quienes llevaron a cabo esta crítica. Pero a éstos no se les puede identificar con un neo-liberalismo, aunque el rescate de las tradiciones liberales haya sido parte importante de su argumento. Aquí destacan André Glucksmann y Bernard-Henri Lévy. Una idea que permea sus argumentos es que la libertad, llevada a su extremo, termina en la tiranía total. No se trata de algo muy novedoso, pero de todas maneras, expuesto con brillantez y usado para la crítica del marxismo, fue decisivo en la conformación de las ideas políticas de fines de los años setenta y tendría alguna repercusión en los orígenes de la Perestroika.

Pero el neo-liberalismo tiene sus elementos revolucionarios y nihilistas. Irving Kristol, por ejemplo, ha criticado algunos conceptos de Milton Friedman, como la noción de que la misión fundamental de la vida —y de la sociedad— es la autorrealización personal; por este camino se abandonan los límites que al menos ponía la tradición burguesa, y se culmina en el nihilismo. Entre las metas de la autorrealización muy bien puede estar la destrucción de la sociedad en la que puede existir la economía de mercado, el bien máspreciado de los liberales. Esta posición libertaria podrá refutar a Marx, pero no pensó nunca que tendría que refutar también al marqués de Sade y a Nietzsche, para lo que no está bien equipada<sup>17</sup>. En Kristol se halla implícito un argumento muy razonable para un conservador, y no sólo para él. La autorrealización de la persona sin una idea de un “deber ser” del orden social, puede culminar en un totalitarismo, la imposición de un orden exclusivo por el despotismo del individuo o del grupo homogéneo, que pretende traspasar este carácter a la sociedad toda.

Más recientemente, la crítica de este tipo de escritores neo-conservadores (así aceptan ser llamados) se dirige a que la economía de mercado o “capitalismo” no puede existir sin una referencia ética y de ideales que ésta no puede proporcionar; además no es querida, no produce

---

<sup>17</sup> También *cfr.*, su libro *Reflections of a Neoconservative* (Nueva York: Basic Books, 1984). Sobre el autor, James Neuchterlein, “Neoconservatism & Irving Kristol”, *Commentary*, 78, 2, agosto de 1984. Acerca de la crítica de Kristol a Friedman, *cfr.* su ensayo “Capitalism, Socialism, and Nihilism”, en Russell Kirk, *op. cit.*, pp. 627-644; original en su libro *Two Cheers for Capitalism* (Nueva York: 1978). Aunque no pertenece propiamente al neoconservadurismo, se debe nombrar a Alan Bloom, *The Closing of the American Mind* (Nueva York: Simon & Schuster, 1987). Desde una perspectiva que se puede llamar cercana a la “síntesis liberal-conservadora”, Bloom ha sido el polemista más diestro e influyente en los debates por el grito del día a partir de la segunda mitad de los ochenta, sobre todo en lo relacionado con el multiculturalismo y la pasión por el “debunking”. Véase también de Alan Bloom, *Amor y amistad* (Santiago de Chile : Andrés Bello, 1996).

la fidelidad que sólo los valores tradicionales pueden evocar. Habría que añadir que, *v. gr.*, sin el vínculo con valores pre-modernos se derrumba el presupuesto de orden social que hace posible a la economía de mercado. Pues nadie podría afirmar que el narcotráfico de nuestros días responde a una pura situación de mercado y que acepta las leyes de la oferta y la demanda: le son esenciales la violencia en el trato y el vértigo como experiencia de vida, escasamente estilos compatibles con la ética del mercado. Tampoco hay que olvidar que los “inventores” de la economía moderna, los pueblos anglosajones principalmente, mostraban una sociedad civil donde el individuo era fuerte, en deberes y derechos, y no había el foso entre la vida individual y la pública que es la marca de sociedades como las nuestras. En todo caso, en los pensadores conservadores que han influido recientemente, el aprecio por la economía de mercado se encuentra vinculado fuertemente con la democracia, cosa que no se daba en forma tan evidente en la primera mitad del siglo<sup>18</sup>.

El neoliberalismo es una confirmación de la dinámica creativa de la economía moderna, la única que tiene respuestas posibles para el deseo de superación del estado de necesidad; por otra parte, su aparato conceptual es deudor de las hipótesis de la teoría económica clásica y que, aun cuando no lo puede probar de manera cabal, intuyó en lo básico el mecanismo por medio del cual puede funcionar el desarrollo material. Pero en sí mismo no es una realidad que despierte amor, e incluso su funcionamiento específico depende de valores e instituciones que responden a otra lógica. Aunque peligrosamente ciego a intereses y pasiones, de otro orden al económico, de los hombres, el neo-liberalismo puso sobre el tapete una consideración que puede ser aceptada sin mayor duda por un conservador, que el mecanismo de la producción conceptualizado por la escuela clásica no puede ser modificado indefinidamente por la razón política y social.

### Conservadurismo, religión y fundamentalismo

El conservadurismo se ha definido casi siempre como defensor de la religión tradicional y es difícil pensarlo sin ella, sin su revelación y sin los depositarios de la tradición. Por otra parte, los portavoces más efectivos y creativos del conservadurismo no han estado entre esos depositarios (muchas veces son hijos del pensamiento “emancipador”, del que abjuran para tomar las banderas de sus enemigos de antes). El mismo pensamiento con-

---

<sup>18</sup> Sobre este problema véase Michael Novak, *La ética católica y el espíritu del capitalismo* (Santiago de Chile: Centro de Estudios Públicos, 1995).

servador muchas veces no se desprende automáticamente de las expresiones de fe tradicionales, pre-modernas. En el siglo XIX la Iglesia Católica y muchas confesiones protestantes (a veces judías, en nuestro siglo) se identificaron con movimientos y partidos conservadores<sup>19</sup>. La razón salta a la vista. Desde el siglo XVIII la secularización adquiere un carácter amenazador para la religión, y de ahí que ésta adquiera un antimodernismo como actitud manifiesta o escondida, pero en todo caso profunda en las más diversas expresiones.

A partir de la Segunda Guerra Mundial, sin embargo, se da un notorio cambio, y ya no existe la relación natural entre conservadurismo y religión, al menos en su expresión institucionalizada. Una cara del éxito aparece en la sociedad de gratificación, que es uno de los triunfos del mundo moderno y de la economía de mercado. Por otra parte el conservadurismo se presenta ahora, la mayoría de las veces, como simple “derecha”, y pasa a ser otro rasgo moderno del que las iglesias quieren distanciarse. A su vez, la sensación de aislamiento al interior de la religión tradicional produce el impulso por identificarse con un elemento fuerte y que se cree permanente del mundo moderno. No se quiere permanecer aislado del movimiento de la historia (a veces Historia), y es uno de los estados de ánimo que agita al Concilio Vaticano II. Es una de las interpretaciones que se le puede dar a la famosa expresión de Juan XXIII de que hay que leer “los signos de los tiempos”.

El problema es que no existe nada más délfico que estos signos. Lo más probable es que la lectura esté condicionada por una fuerza immanente al “mundo”, un progreso que sea presentable de acuerdo a las modas, pero que es distante a la magia religiosa. En muchas fuerzas, eclesiásticas y laicas por igual, esta lectura viene a ser idéntica a profesión de fe progresista (que el neo-liberalismo comparte en otro sentido), de que lo que viene es a la vez bueno e inevitable, sentimiento que predominó en los años sesenta y setenta. Después ha tenido lugar una visible reacción conservadora al interior de la Iglesia Católica y de otras, no en último término porque la aceptación de esa lectura del progreso amenazaba la existencia de las mismas iglesias. Es indudable que las iglesias mantienen un papel conservador en la sociedad de nuestros días, aunque esto no pueda identificarse con el conservadurismo político; no es su única posibilidad. Esto es muy claro en

---

<sup>19</sup> Salcia Landmann, “Der Konservatismus der Juden”; y Hans Kühner, “Die römisch-katholische Kirche als konservative Grossmacht im 19. und 20. Jahrhundert”; ambos en Gerd-Klaus Kaltenbrunner, *op. cit.*, pp. 349-388.

la “guerra cultural” (educación, aborto, usos sociales,...) de nuestros días. Como “potencia conservadora”, la religión —y las iglesias— mantiene una tregua frágil con el despliegue pasmoso de las fuerzas productivas y el consenso actual en torno a su uso: la economía de mercado. Pero ésta opera en la práctica como agente de secularización en una multitud de ámbitos, y por ello existe una desconfianza subyacente, cuando no una crítica declarada. Esto puede ser más fuerte en el futuro a medida que el común enemigo, el marxismo, se diluye en el pasado y asoma un fundamentalismo que no está del todo confinado al islamismo.

Es aquí donde debemos preguntarnos por el carácter conservador que tendría el fundamentalismo islámico liderado por Khomeini, u otros análogos, aunque el iraní ha sido el gran inspirador. Como en el nazismo y en el Khmer Rouge de Camboya, aquí se da una extrema crítica y acción contra el mundo moderno. Es una defensa “integrista” de la sociedad tradicional y desempeña su puesto en la actual “guerra cultural”, como se vio en la Conferencia de El Cairo en 1994. Después de la revolución de 1979, en Irán se dio paso a una política antioccidental que tenía mucho de anti-emancipadora (el caso más evidente es el de las mujeres), y con ello de anti-moderna, lo que ha encontrado emuladores en todo el círculo cultural islámico. Esto ha sido particularmente cierto en todo aquello que se refiere al triunfo del secularismo, que ha sido despiadada y cruelmente atacado. Aparentemente podríamos calificarlo de “conservador”.

Pero un examen más detenido nos llama a la prudencia. Aquí no sólo se alude al escalofrío de horror que sacude a Occidente (y, muchas partes del mundo) cuando se piensa en el reinado de los mullahs y ayatholas. Desde luego que no se trata de un movimiento surgido del ámbito de la política, sino que del intento de construir un orden teocrático, en el cual la clase sacerdotal constituya la clase política. Esto ha sido extraño a la tradición occidental, y al conservadurismo moderno, salvo en pequeños grupos. Por otra parte el fundamentalismo, en sus usos políticos, tiene muchos de los rasgos de las ideologías modernas, sobre todo de las de tipo totalitario<sup>20</sup>. Este vínculo lo devuelve al radio de acción del conservadurismo, pero precisamente a aquel de la “aporía” del conservadurismo, de un radicalismo extremado que destruye por último la posibilidad del sentido de ser un conservador. Si olvidamos su dinámica, se trata de un mero tradicionalismo en el sentido de Mannheim, aunque con fuerza política y social quizás todavía insospechada. Para adelantar una conclusión, hay una idea que hay

---

<sup>20</sup> Said Amir Arjomand, *The Turban for the Crown. The Islamic Revolution in Iran* (Nueva York: Oxford: Oxford University Press, 1988), esp. pp. 94-102, 202-209.

que tener clara cuando hablamos de conservadurismo: éste sólo es posible, es decir, tiene sentido, cuando se despliega dentro del mundo de la historia de las ideas (y sentimientos) de Occidente; cuando es una especie de adaptación al intensificado cambio histórico en que consiste el mundo moderno; cuando no pretende establecer una arquitectura final e inamovible, sino recordar ciertos fundamentos y límites.

### Conservadurismo y arte moderno

El eclipse del arte religioso en el mundo moderno denuncia un signo anti-conservador en el arte moderno. También éste, especialmente en las vanguardias estéticas (ca. 1890-1930), muestra los rasgos de una religión sucedánea. A veces la obra de arte ha pretendido ser en sí misma una suerte de hierofanía, de vehículo de la trascendencia. En su exclusividad podría ser considerada como parte de la sensibilidad moderna profundamente anti-conservadora, y el público conservador ha experimentado una instintiva desconfianza —hoy más escasa— hacia el arte moderno, sobre todo porque lo interpreta como desfijación de la realidad.

Pero esto no alcanza a ser toda la historia. Antes de 1914, el tipo del esteta, del *dandy* y de mucho intelectual sería por antonomasia conservador, a veces un *poseur* reaccionario. Existe un horror frente a la revolución, como síntoma de fealdad, masificación, vulgaridad. Oscar Wilde puede ser considerado aquí un ejemplo, sobre todo en su obra *El alma del hombre bajo el socialismo* (1891), un ensayo de valor perdurable. Después de la Primera Guerra Mundial la situación cambió. El “intelectual comprometido”, es decir, de izquierda o, más genéricamente, progresista, será una figura típica del mundo político. Pero existe alguna aproximación entre grandes artistas y posiciones conservadoras. Dejando de lado las extravagancias de un Dalí, y quizás las de Ezra Pound, en T. S. Eliot hay un ejemplo interesante<sup>21</sup>. Dejó huella en una serie de ensayos; pero también se le puede ver en esta perspectiva en su obra poética cumbre, *The Waste Land* (1922). En este contexto hay que interpretar la crítica antimoderna del modernista Fernando Pessoa (1888-1935), poeta y ensayista cumbre del Portugal del siglo XX; sobre todo, esto está presente en su milenarismo sebastianista. D. H. Lawrence, al que ya se mencionó, puede ser puesto en

---

<sup>21</sup> Carlos Iturra, “T. S. Eliot: Un revolucionario conservador”, en *Estudios Públicos*, 48 (primavera 1992). Sobre Pessoa agradezco la oportunidad de haberlo leído gracias a que he dirigido una tesis de licenciatura acerca de su visión de la historia, escrita por Aylin Joo Liem, en la Universidad Católica de Chile.

esta constelación, en sus ensayos, sobre todo, pero también en sus novelas, aunque es más cercano a la sensibilidad de la Revolución Conservadora. Un escritor singularísimo como Ernst Jünger también se le puede, en parte, ubicar en esta región del espectro político, al menos en su obra madura, la que inicia en términos políticos con *Los acantilados de mármol* (1939); un ejemplo especial es la antología de Rivarol que publicó en 1955, provista de un prólogo que debería ser lectura obligada de todo aquel interesado en el pensamiento conservador<sup>22</sup>.

Como en este fin de siglo podría parecer todavía extraña la vinculación de creador artístico y conservadurismo, se debe efectuar una última reflexión. Desde luego hay que poner énfasis en que la creación artística, en mayor medida aún que el pensamiento, tiene algo irreductible a toda interpretación política. Salvando esta verdad básica, se pueden nombrar dos razones de por qué es posible este vínculo. En primer lugar, el artista comparte con el conservador un temor frente a la vulnerabilidad en que se encuentra —en la sociedad de masas— lo original, lo superior, la aristocracia del espíritu. No se trata de un temor que se dé sólo en la sensibilidad conservadora (algo de esto existe hoy en día en el “post-marxismo”), pero en el siglo esto se ha dado más como un rechazo conservador a rasgos de la sociedad moderna. En segundo lugar, en la búsqueda de un código íntimo de la “realidad”, desconocido para la gran masa y del que la obra de arte es una representación, el artista a veces cree hallar un mundo más verdadero, frente al cual todo intento racional, asociado a la Razón moderna, no hace más que atentar contra una esencia humana. Este tipo de comprensión del arte no constituye necesariamente de por sí una visión más depurada, más verdadera, de la realidad. Pero es una de las posibilidades.

### **Criterios para decidir: ¿Qué conservar?**

De todo lo dicho anteriormente resalta de inmediato un problema, esto es, la dificultad de ser conservador cuando en cada generación cambia esa realidad difusa de “lo que hay que conservar”. Y las nuevas generaciones, sobre todos los jóvenes, esgrimen la pregunta como un estilete: ¿qué hay que conservar? Esto es más patente en nuestros días; durante el siglo, en cambio, las grandes conflagraciones político-ideológicas mostraban a muchos que no daba lo mismo ésto o aquéllo. En los años noventa —que algunos de manera *fashionable* llaman “post-modernos”, pero que no es

---

<sup>22</sup> Ernst Jünger, *Rivarol* (Frankfurt/M: Fischer Bücherei, 1962; original, 1956), pp. 7-57.



sino otro dilema de la modernidad—, salvo en asuntos como el aborto, la tensión carece de rasgo dramático y pocos creen que existe un asalto al sistema establecido. Aquí se darán algunas ideas que pueden enriquecer el criterio con el que un conservador puede enfrentar aquella pregunta, pero en ningún caso se aspira a establecer una teoría general del conservadurismo, para lo cual el lector deberá aproximarse a la literatura ofrecida en las notas. Una observación preliminar: el conservador no puede responder todo. Sólo tiene un tipo de respuestas, aquellas que se refieren al orden social y a la cultura cuando se encuentra con una crítica radical al orden establecido.

### El conservador y el mundo moderno

Por ello, en primer lugar hay que insistir en la afirmación con que comenzó esta conferencia, y que probablemente no todos los conservadores que ha habido la aceptarían: el conservadurismo es parte del mundo moderno y es completamente incomprensible o incluso amenazador fuera de él. El conservadurismo toma una posición crítica hacia el mundo moderno, sin desconocer que hay otro tipo de críticas que las puede o no compartir. Pero el conservadurismo adquiere conciencia de sí mismo en la medida en que es un comentarista vital del desarrollo de ese mundo moderno, y por eso también es parte de su dinámica. No pertenece a ella sin embargo de manera pasiva; su labor y su misión es encauzarla de modo que no se aleje, no tanto de los modelos de antes del “tiempo-eje”, sino de la experiencia histórica y de la salvaguardia de la civilización abierta que se ha dado en Occidente, y en sus valores que pueden ser compartidos (y re-creados) en otras zonas culturales del mundo. Su puesto vital se encuentra en la tensión creada por el mundo moderno y no en un orden más allá de él; tampoco en uno antes de él.

Su existencia sólo adquiere sentido como observador de los experimentos que se da en aquél, y para ésto tiene a su disposición la herencia del pensamiento conservador, el que por supuesto no puede ser encerrado bajo el rótulo de “escuela”. Esta tarea pone al conservador cerca de dos soluciones contradictorias y fatales. Puede sumergirse en el mundo moderno, de modo de confundirse con él, mas lo hará con lo que aparentemente es éste, ya que el mundo moderno es una síntesis cambiante y no una esencia fija. Puede también tomar otra ruta ciega, la de aislarse en un *Bunker* y diseñar una sociedad ideal, la única a la que manifiesta respeto, en una actitud que se parece demasiado a la de las utopías constructivistas y a la del *poseur*. Al final de la ruta sólo representará una voluntad de poder, pero no la palabra

de la razón histórica, de la prudencia y de la esperanza que de él debe aguardarse. No, el conservador tal como lo señaló Oakshott en el texto ya citado, no se define por estrellarse contra un muro de concreto que sería el mundo moderno. Lo que busca es una adaptación al mismo que no sea una simple aceptación de lo nuevo. En otras palabras, la *prudencia* es una de sus virtudes cardinales, la que no impedirá en casos excepcionales efectuar una defensa, hasta el último hombre, en los “puestos de avanzada perdidos” (Ernst Jünger), pero para el cual su Norte será la supervivencia de valores e instituciones en medio de las circunstancias cambiantes.

De esta manera el conservador no se confundirá con la “defensa social”, esto es, la defensa de “intereses de clase”, ya que ello lo reduce a la categoría de simple reaccionario, o de mero *poseur*, en todo caso siempre patético. La lucha de clases ha sido una bandera de la persuasión marxista, alcanzando un carácter de política mundial. Pero ello es resultado de la economía moderna y de la Revolución Industrial, que aproximó a las clases de una manera antes inimaginable; de ahí que el deseo político dio un salto y abrió paso a la idea de borrar toda diferencia social, ya que cuando los hombres se ven más como iguales aparecen a la vez más visibles y chocantes las diferencias. Sin embargo el precio horrendo de estas argumentaciones no debe hacer perder de vista que un conservador no puede defender la diferencia social en sí misma. Su planteamiento será construido de tal manera que dentro de su persuasión se podrá encontrar un multiclassismo, sin perder de vista las ideas de autoridad, tradición, jerarquía. Sabrá que precisamente ese mecanismo económico le permite deslindar estas constantes necesarias de una antigua relación con la diferencia socio-económica.

Su primera autoconciencia sigue siendo la misma: crítica al liberal de cuño “duro”, el de la fe impensada en el progreso, que puede encontrarse tanto en la izquierda (hasta hace poco) como en la derecha (como ocurre más ahora). El conservador no niega el progreso, sólo que las circunstancias de la historia le ordenan poner una cuota de escepticismo, y hacer ver que junto con los defectos, el proceso histórico en su cambio permanente puede sepultar también las ganancias de los hombres. En el giro de la rueda de la fortuna, como en este fin de siglo en el que en ámbitos intelectuales se presenta como *chic* desdeñar el mejoramiento material, tendrá en cambio que poner énfasis en la idea de que sin una actitud de disciplina material se puede venir abajo el orden social. Esta paradoja no será lo más importante de su definición, pero no será incoherente con la distancia frente al principio progresista. Tras esto se da una concepción antropológica más bien escéptica, si bien no necesariamente pesimista. El conservador tiene más bien clara conciencia de las limitaciones del ser humano, y por eso opera con tranqui-

lidad cuando se halla en la cercanía de instituciones y usos probados, como la tradición, la familia, el suelo nutricio, eso que Burke llamó los “prejuicios” y que Robert Nisbet entiende justamente como “tradición”<sup>23</sup>. Si la familia aparece en estos días en el centro del debate, el nacionalismo (o patriotería) se diluye como lealtad del conservador, y de cualquiera. Sin embargo, ¿existe orden social sin un vínculo comprometedor con la sociedad, esto es, el pacto entre los muertos, los vivientes y los que están por nacer, como dice Burke?

El conservador ha creado parte de este mundo moderno, y esto le parecerá digno de defensa. Uno de sus frutos es la síntesis liberal-conservadora a la que antes se aludió. El conservador se une al liberalismo cuando éste contribuye en condiciones no atomizadas ni atomizantes para la individualidad. La mayoría de los conservadores —y en todo caso el conservador posible y deseable en nuestros días— han tenido como modelo a la persona fuerte. Una parte esencial del liberalismo ha perseguido lo mismo, lo que creó el presupuesto de la síntesis. De esta manera la persona y las instituciones pueden crear un espacio que concite la acción política y social que expresan a sensibilidades y movimientos conservadores. Para éstos es decisivo el entorno histórico y las formas que hacen posible el despliegue de la persona; el liberal afirma su originalidad y desarrollo no sometidos necesariamente a normas rígidas, pero la experiencia histórica les hizo ver que ello era insuficiente.

### Dilemas ante el cambio, la excentricidad y la persona

El *quid* de la actitud del conservador es su postura frente al cambio. El conservador inicia su trayectoria al defender una tradición. Pero como ésta cambia, se produce el dilema de qué defender, “qué conservar”. Aceptar el cambio como tal lo puede llevar por el camino del nihilismo; defender el modelo ideal a cualquier costo, lo conduce a la misma aporía. El conservador afronta la historia partiendo de raíces; no es que no pueda criticar estas últimas, pero está provisto de una *prudencia* que le hace saber que ello no puede llevarse hasta las últimas consecuencias y mantener la impunidad. De esta percepción carecen el revolucionario y el progresista radical. También el conservador tiene que advertir acerca de las trampas de la historia. En este fin de siglo se ha vuelto *fashionable* afirmar la falta de todo sentido

---

<sup>23</sup> Robert Nisbet, “The Restoration of Authority”, de su libro *Twilight of Authority* (1975). Aquí está citado de Russell Kirk, ed., *op. cit.*, p. 656.

de la historia y celebrar la negación más rotunda del antiguo credo progresista, a veces, incluso, por los mismos nietos de la Ilustración. Un conservador no encontrará particular regocijo en este hecho; atisba de inmediato que en la negación del sentido de la historia no se encuentra la afirmación de derechos particulares, sino que embozada —aunque muchas veces inconsciente— se anida el llamado a la *struggle for life*, a la guerra de todos contra todos y, desde luego, la crítica corrosiva contra toda institución. El triunfo de una postura de este tipo en el alma del hombre puede hacer evaporar el suelo sobre el que asienta toda civilización posible. El corolario obvio de una situación como ésta va a ser cursar un telegrama de auxilio a Mr. Hobbes para que traiga su Leviathan, el que en ese panorama de vacío aparecerá de todas maneras.

Dicho esto, sin embargo, el conservador puede permitirse algunas licencias que bien miradas pertenecen a su universo. La misma defensa de la tradición no debe carecer de una nota escéptica e irónica, ya que de otra manera se estaría afirmando la perennidad de las construcciones históricas; funcionaría como legitimación ideológica de una mera estructura de poder. No han faltado los pensadores conservadores que han afirmado esto último; sin embargo, si se defiende que parte del postulado del conservador es la defensa de la persona, no se podrá afirmar sin más una lógica hobbesiana. Digo esto como introducción a un simple enunciado, y es que el conservador también puede esgrimir como preocupación conservadora la transgresión, la defensa de lo insólito, las exploraciones al borde del abismo, en ciertas experiencias estéticas e intelectuales, por ejemplo. Quizás se pueda expresar en una frase: el conservador defiende la excentricidad como tesoro codiciado, ya que es la única manera de conservar un mundo acogedor, atributo de lo digno de conservarse (valga la redundancia). Es esta posibilidad la que ha establecido el vínculo entre conservadurismo —aunque generalmente radicalizado— y las vanguardias estéticas antes aludidas. Esto no constituirá un elemento central de su persuasión, y por supuesto es un motivo que comparte con otro tipo de posiciones.

Se trata de un camino peligroso, y habrá que renunciar decididamente a él en circunstancias socialmente dramáticas, sobre todo cuando esta libertad de la persona adquiere rango de finalidad política, cuando se colectiviza. Pero sin esta posibilidad la defensa de la tradición aparece desalmada, como árido ejercicio de soberbia, como tradicionalismo repetitivo en el sentido de Mannheim, que niega la mirada a las fronteras de la vida. La tradición también debe incluir la libertad personal, la privacidad irrenunciable y su interioridad. La aceptación de esta particularidad se diferencia de la que podría efectuar un liberal/socialista (un tipo más antiguo que lo que

comúnmente se piensa), por ejemplo. En este último, el postulado es parte de una constelación ideal de la sociedad; el conservador (o *nuestro* conservador) en cambio lo afirma como experiencia que tiene a sus espaldas un orden sólido, fundamento que a él le permite la extravagancia.

### Caras de la diversidad

El conservador generalmente ha defendido la diversidad. Es la riqueza local la que, en esencia, nutre de densidad cultural aquellas esferas que le dan un escudo protector a la personalidad individual; entre ellas han sobresalido las “libertades locales”. Esto, el argumento clásico de la síntesis liberal-conservadora en la era de las guerras mundiales y de la Guerra Fría, no es menos urgente en nuestro mundo, todavía cada vez más definido por la “sociedad de masas”. La diversidad no consiste en el mero pluralismo de formaciones sociales, sino que también de usos, costumbres, las tablas de la ley de cada tradición. El conservador sabe que el catálogo del bien y del mal se puede intuir, pero no se puede codificar en un recetario universalmente válido en cualquier circunstancia de tiempo y de lugar. A la vez debe saber que en situaciones extremas sí debe establecer de manera expresa la jerarquía entre el bien y el mal. Aquí debe caminar por el estrecho desfiladero de las contradicciones, que le son connaturales, ya que aunque no puede renunciar a que parte de su lenguaje sea ideológico, no se puede confundir con el árido e insensible doctrinario, presto a establecer la utopía de la “ciudad final” en el reino de la inmanencia. Esta posición, que saca fuerzas de las contradicciones que reconoce como tales, se diferencia drásticamente de la de un liberal hedonista, por poner un ejemplo. Para éste las contradicciones son simples superposiciones de experiencias, a la que se les dará curso llegado el momento, cada cual a su turno. En el conservador la contradicción estará marcada por el carácter trágico, que es un signo de su libertad interior.

Esta defensa de la libertad no debe confundirse con la tranquila toma de partido por el “multiculturalismo”, al menos en sus rasgos más extremos, hoy tan en boga por la irradiación de la cultura anglo-sajona en EE.UU. Esta posición aparece muy teñida de un sospechoso carácter de moda, y no exento del factor de “invento de la tradición”. No es la invención que surge espontáneamente en la historia, sino que la de grupos que se aprestan a desconocer un vínculo común del cual es testigo la propia semántica que los anima; en este sentido llevan a la erosión del mundo de valores políticos y sociales en el cual el conservadurismo adquiere sentido. Por otro lado el multiculturalismo, como introspección de una comunidad en el rescate —y

hasta cierto punto “reinvención”—de formas tradicionales, puede enriquecer las capas de la vida social que al conservador le interesa fortalecer. En realidad, el conservador defiende credos y tradiciones. Como éstos cambian, aquél debe definir en cada momento histórico qué ideas y usos hay que defender. En este sentido la tradición que el conservador defiende no carece de un elemento “constructivista”, racional, ideado. Esto forma parte de las creencias conservadoras y no se debe negar, sin que por ello se deje arrastrar o inclinar ante cualquier construcción o “ingeniería social”. Esto es tan cierto hoy como ayer, con el pasmoso desarrollo de la ingeniería biológica, que una vez más ha afirmado —por si hacía falta— la ambigüedad inherente a la idea de progreso en la historia.

### El puesto del orden material

El conservador tiene también una relación ambigua con la producción material que acompaña a la vida humana. Se le ha llamado “capitalismo”, “sociedad industrial”, “economía de mercado”, “desarrollo de las fuerzas productivas”... Se le ha supuesto un cómplice solapado de este fenómeno; a veces lo confiesa públicamente. Es la frialdad inherente al desarrollo económico lo que provoca este malestar, al menos en una primera mirada. Algo se dijo al ver la relación entre neoliberalismo y conservadurismo. Para repetir una idea de otra forma, el conservador tiene claro que mientras en general debe defender la economía de mercado, ella no es suficiente para proteger el orden social, ni menos para salvar al hombre. Pero se presenta en el horizonte de nuestra era (y no sólo después de la Guerra Fría) como un presupuesto que el conservador debe cuidar. Sin embargo, en el siglo XX no ha habido entre conservadores unanimidad para apreciarlo en este sentido. La síntesis liberal-conservadora se ha acercado a veces a estilos dirigistas, planificadores. La Revolución Conservadora estaba manifiestamente en contra, en cuanto que era “anticapitalista”. Frente a esta situación, el conservador debe anotar que aunque ha habido complementos —la mayoría de ellos culturales, “espontáneos”— a la economía de mercado, los modelos patriarcales, corporativistas o de “socialismo limitado” (que algunos conservadores han defendido) han resultado o en un fracaso económico o en una careta sin mayor valor. Con todo, el malestar del conservador no se origina en un mero pudor superficial. Existe una movilidad e inmaterialidad en el mecanismo de producción de bienes de la economía moderna que muchas veces se parece al rostro huidizo e impredecible del nihilismo de nuestro siglo. El rango, la jerarquía y la fidelidad a un oficio (y un lugar, un sistema de

relaciones, un pasado que es a la vez una orden de los muertos), a veces la misma familia, todas formas de vida que el conservador acaricia como tesoro, se disuelven en figuras continuamente cambiantes, y en ese carácter son aplaudidas por los anunciadores de este sistema. Más aún, la economía de mercado puede arrasar con la autonomía local, sobre todo si está cargada de entusiasmo transformador (lo que no siempre se deja justificar por causas puramente económicas). Las libertades y tradiciones locales han sido siempre un bastión de defensa de los conservadores, ya que sin ellas les parece que la sociedad libre no tiene sentido. Estos argumentos, ¿debilitan a la economía de mercado como una de las banderas del conservador moderno?

Hay argumentos que sin invalidar del todo lo anterior, lo colocan en una perspectiva diferente. El conservador siempre ha defendido la propiedad y el afán de mejoramiento material como parte de sus objetivos. El nacimiento de la economía moderna significó un cambio relativo en las cualidades de la propiedad. Se debilita la permanencia y el arraigo; se acrecienta la velocidad del cambio y la necesidad de adaptación. Quizás no existe en lo moderno más que una diferencia de grado. Esto no hace más que redoblar la misión del conservador de calibrar con mayor rigurosidad la adaptación al cambio. La antigua noción de propiedad —fundamentalmente la de carácter feudal— tenía que ver con la protección, pero no desconocía el mejoramiento material, aunque se lo percibía como incierto. La nueva forma de propiedad, más abstracta, se desprende de una de las *posibilidades* que ofrece lo moderno a muchos sectores de la humanidad, la de escapar de las garras del “estado de necesidad”; este tipo de propiedad no debe ser menos un baluarte conservador, siempre que no se pierda la antigua noción de protección. Esta última no va unida al “estado de bienestar” en sí. La protección implica adaptación, y la sociedad industrial ha hecho conscientes a los hombres de la mejor manera de obtener una protección inexpropiable: la educación. Otro presupuesto es que esto no se entienda como un derecho pasivo, sino como una forma de despertar las energías latentes. Sólo debe ser receptor pasivo aquel que, temporal o definitivamente, está incapacitado de ayudarse a sí mismo. Con todo, la economía de mercado lleva consigo la tentación de abrir incesantemente el apetito, de modo que lo que en un momento es definido como superación del “estado de necesidad”, en el momento siguiente se le encuentra todavía sumergido en él. Bien miradas las cosas, aquí nos encontramos con un rasgo de la condición humana, y por ello la economía de mercado podría no hacer otra cosa que destacar una dinámica antropológica. Organizar socialmente la definición de lo “necesario”, o bien entraba el proceso económico, o requiere de un orden totalitario. Para que la civilización se consolide en ese sentido, sólo parece posible

seguir el consejo de Solzhenitzyn: la autolimitación. Para ello se requiere del hombre libre que el conservador puede ayudar a formar, aunque no lo pueda representar en su totalidad.

### La familia, lo público y el orden social

La defensa de la propiedad y del sistema de producción que la hace posible se conecta con otro de sus temas, el de la familia. Nuevamente, la conservadora no es la única perspectiva que la defiende, pero está dentro de sus tópicos favoritos, aunque el acento cambie con el tiempo y el lugar. También la familia ha ido cambiando con la historia, aunque quienes creen que ello permite cualquier mutación se ven desengañados rápidamente al siguiente recodo de la vida. La familia es una de las células que, de perder toda autonomía —o existencia—, evapora uno de los primeros fundamentos de la libertad (y de la posibilidad de un particular “estilo de vida”) y, después, del orden social. Este último abruma, y la persona descansa en el regreso al fuego hogareño. Por ser una célula tan básica, también puede ser el origen de conflictos desgarradores, y en última instancia, a pesar de la familia habrá una zona de soledad y abandono para el ser humano, donde éste debe jugarse en sí y por sí mismo. El conservador sabrá apreciar esta soledad. Con todo, si ha de haber flexibilidad discreta para algunos, no puede haber sustituto final a la existencia de la familia.

Por otro lado, su afán por defender un orden social que va más allá de la familia le debe preocupar para que la sociedad en su conjunto no sólo defienda a la familia, sino que también, quizás más importante, ponga a la familia al alcance de la toma de decisiones frente a todo aquello que afecte su vida, y para que el conflicto se resuelva en el foro público. Aquí llegamos a otro problema que se le presenta al conservador. Hace un par de siglos los conservadores, como Rivarol y Burke, desconfiaban de la sociedad “discutidora” (parafraseando a Carl Schmitt). Hoy día, con el eclipse de lo público como foro de intercambio entre hombres libres —especialmente en nuestras sociedades iberoamericanas—, este rasgo de la política moderna se convierte en una suerte de institución a la que el conservador debe acariciar. Sin esta esfera no aparecerá una autoridad todopoderosa y omnisciente, sino que se impondrá el *struggle for life* simple y carente de inspiración.

La defensa de la familia y de la propiedad, para la autonomía material de ésta, explican uno de los grandes paradigmas del conservadurismo en política: el sistema monárquico. De hecho, el conservadurismo nace como defensa de aquél. No es extraño que por milenios se haya visto en la



monarquía la representación del orden social, ya que en sí misma aúna familia y propiedad con un sentido extensivo a todo el sistema social. En nuestro tiempo ello no puede ser bandera de los conservadores, salvo de manera limitada en algunos pocos lugares. Pero el entusiasmo que despiertan las “testas coronadas” no se debe a un puro *snobismo* (es decir, arribismo), sino que también entra en juego una cierta nostalgia inmaterializable por esta vinculación entre familia, propiedad, fidelidad personal y orden social, por la que el conservador tendrá respeto pero a la cual dedicará poco tiempo<sup>24</sup>.

Liberales y socialistas —muchas veces, una combinación de ambos— han tenido un puesto de avanzada en el llamado a la constitución de lo público, más o menos vinculado a la idea del “orden social”, sobre todo los primeros en este último sentido. Pero los conservadores tienen un puesto privilegiado, hasta ahora reservado pero no exclusivo, en la defensa de una de sus dimensiones, lo que aquí se ha llamado “suelo nutricional”, la fidelidad a una sociedad y una tradición, ambas en un sólo impulso de entrega aunque sin llegar al punto de encapsularla ante el desarrollo histórico. Es esta orientación hacia la “patria”, en su sentido más original, la única que puede evocar en el hombre una responsabilidad y participación en lo público que no se origine en un mero interés calculable; es lo único que lo define en momentos de crisis (¿no es el conservadurismo esencialmente una posición ante la crisis?), de la que no lo salvan las argumentaciones más inteligentes, por sofisticadas que sean. El conservador, a la vez, sabrá que esta defensa pierde sentido sin sus otras referencias, las sociedades intermedias y la familia o, en su defecto, las lealtades individuales: la amistad y el amor. Aquí está la barrera que hace del conservadurismo una defensa ante el nihilismo; si la defensa se convierte en meta todopoderosa, “cruza la línea” y se convierte en nihilismo.

### Fuerza y debilidad del argumento conservador

El conservadurismo ha tenido una dificultad permanente para explicarse a sí mismo, tal como se planteó al inicio de esta conferencia. Pero el conservador no se debe abrumar por esta realidad, ya que es parte de su fortaleza. El conservadurismo no es una construcción total de la realidad. Se trata de manifestar una inquietud ante los hechos, e intenta dar criterios de

---

<sup>24</sup> Georg Quabbe, *Tar a Ri. Variationen über ein konservatives Thema* (Berlín: Verlag für Politik und Wirtschaft, 1927). El título proviene de un dicho irlandés, “Venid oh Rey”. La obra de Quabbe, sepultada en el olvido, es sin embargo un ejemplo sobresaliente de cómo un conservador tradicional se abre a aceptar, no sin dolor ¡y en plena República de Weimar!, lo que aquí se llama la “síntesis liberal-conservadora”.

conducta en la eterna pugna entre el orden y la libertad. Ésta podría ser considerada por el conservador como una suerte de metáfora de la condición humana en lo relacionado con el orden social, y sabrá que no puede —ni debe— decidirse de manera irreparable por ninguna de las dos. No aspira a una respuesta total, ya que para ello mejor, en otro tiempo, se hubiera convertido en marxista. Entre sus prioridades está la defensa de la espontaneidad —en cuanto original, afincada, probada por el tiempo— de la individualidad personal y social, y en este sentido es un pensamiento concreto frente al pensamiento abstracto, como lo dice Mannheim. Entonces no podrá ofrecer una respuesta a cada faceta de la vida, multifacética por definición; no posee un credo universal aunque tiene la convicción de que se orienta a fundamentos perennes.

La defensa del conservador no se puede apartar de la historia concreta, y ésta a su vez consiste en cambio, en creación, en transformación. No hay historia sin una cuota de arbitrariedad, de construcción, aunque no de “constructivismo”. El conservador lo aceptará y lo adecuará, y en algunos casos lo rechazará, pero no será un censor universal, ya que puede caer en la trampa utópica, la creencia que tiene bajo la manga la carta de la respuesta universal; en este caso el conservador dejaría de serlo. Aceptará que otras persuasiones tienen respuestas más válidas en este o en aquel tema, y entonces tratará de pensarlas mejor que su contraparte. Sólo dará un rotundo “no” en las ocasiones —que no pueden ser demasiadas— en que considere que algún fundamento se encuentre amenazado.

Como persuasión política, el conservadurismo puede ser eficaz sin existir como movimiento político. Actúa por medio de la meditación que ofrece a los hombres públicos y a la opinión pública. Al conservadurismo, en muchos casos, le es más que suficiente con ser una barrera frente al nihilismo. Aquí existe otra razón adicional para no caer en la tentación utópica que disuelve lo inexplicable en que consiste el hombre. El conservador se ve sometido a un reto que pone en tela de juicio la conservación de un vínculo con el pasado, como podríamos considerar la aparición de lo moderno. Sólo que ser conservador, como se ha dicho, no es ser necesariamente anti-moderno, sino que es una de sus expresiones. Pero se trata de una percepción que divisa la amenaza que significa el llamado a la adaptación constante, inmeditada.

### Conservadurismo, nihilismo y misterio

Un escritor ajeno al conservadurismo ha definido este reto con una imagen penetrante. Al reflexionar sobre el sentido de la muerte y del duelo

que a ella le sigue, Joseph Roth, en *Radetzky marsch*, describe dos actitudes opuestas. Antes de la Gran Guerra (1914), cuando una persona era “borrada de la comunidad de los vivientes, no ocupaba otro inmediatamente su lugar para olvidar al muerto”, sino que se establecía un vacío de modo que por largo tiempo se podía percibir la ausencia como un modo de presencia. “Todo lo que crecía, requería de mucho tiempo para crecer. Y todo lo que desaparecía necesitaba largo tiempo para ser olvidado. Todo lo que había existido dejaba huellas tras de sí y entonces se vivía de los recuerdos, como ahora se vive de la capacidad de olvidar rápida y decididamente.” Aquí se describe el vértigo de lo moderno al que ni el mismo conservador se puede sustraer. Se trata de una experiencia que todavía le era desconocida al conservador del siglo XIX, ya que retrata mejor la experiencia del siglo XX, y que todavía se siente, cada vez con mayor velocidad, en este fin de siglo. El conservador, como parte de su contención del nihilismo, no debe ni arrojarse a los brazos del cambio incesante, ni encerrarse en el código imaginario de un orden perfecto e inmutable. En el primer caso es un acólito de fuerzas de las que ni sospecha su vacuidad; en el segundo se convierte en un doctrinario utópico, ya que actuaría sobre la repetición formal de un rito y no sobre su magia evanescente. En ambas posibilidades no haría más que ser herramienta del nihilismo. En cambio su esfuerzo será creativo si acomete la empresa no fácil de tender un puente entre ambas experiencias, y mostrará una superioridad intelectual sin cerrar sus oídos a las voces de persuasión alguna, pero convencido que deben ser purificadas por las redes de la experiencia histórica.

En esta empresa el conservador se ve apoyado por otra de sus cartas de triunfo, la relación que sostiene con un substrato impenetrable, pero del cual emana una fuerza poderosa. Muchas veces se lo define como el vínculo con las religiones tradicionales, y quienes se inspiren en éstas defenderán comprensiblemente su carácter insustituible (catolicismo, protestantismo, cristianismo ortodoxo, judaísmo; en las condiciones antedichas, el islamismo) para inspirar un pensamiento conservador. Pero es algo definitivo que la sensibilidad y el pensamiento conservadores se dan en el seno de diversas confesiones, y más de algún gran pensador ha sido reacio a identificarse con cualquiera de ellas. Pero lo que le es común a todos ellos y a la mentalidad conservadora en general, es que aceptan que la prudencia y la convicción que lo acompañan se afincan en un sustrato que se lo debe llamar simplemente lo “misterioso”. Esta fuente le otorga la confianza de que la inspiración proviene de una sabiduría superior, de una comprensión de lo humano que le señala lo posible pero que también preserva en el hombre una esperanza en lo imposible. Así, quizá, se puede interpretar desde una mirada

conservadora la palabra de Goethe (“Das Göttliche”), de que el ser humano alcanza “lo imposible”: distingue, elige, dirige, y le otorga perdurabilidad al instante. □